

viste de su divina autoridad, y generalmente, como dice San Pablo, á toda criatura.

Hé aquí, A. H. M., las diferentes lecciones que en este día nos da nuestro incomparable Maestro; lecciones que desea ardientemente acreditar con su sangre, á fin de que fructifiquen en nuestras almas. Aprovechémonos de ellas, mostrándonos fieles en practicarlas.

DE VARIOS.

DISCURSO

PARA EL DÍA 13 DE MAYO.

VIDA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

PLAN.

1. Nacimiento de María. —2. Inmaculada Concepción —3. Santísimo Nombre. —4. Presentación en el Templo. —5. Desposorios. —6. Anunciación. —7. Visitación. —8. Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. —9. Purificación. —10. La espada de Simeón. —11. Crucifixión de Jesús. —12. Soledad de María en la tierra. —13. Su Asunción.

Benedicta tu in mulieribus.
Bendita tú entre todas las mujeres.
(Luc., 1. 42.)

Si es permitido distinguir los días festivos en la región celeste, no podemos menos de decir que fué un bello día para el Cielo, aquel en que la Santísima Virgen María entró triunfante en él para tomar posesión del reino de su Hijo. Y ved, M. A. O., por qué en la tierra celebramos con tanta pompa y magnificencia esa entrada triunfal de María en el Empíreo. Ningunas palabras podemos dirigirla en la presente festividad más propias y adecuadas, que aquellas con que en otro tiempo la saludara el celestial mensajero: «Bendita eres entre todas las mujeres,» *Benedicta tu in mulieribus.*

Habiendo resuelto Dios salvar al mundo mediante la inmolación de su Hijo, dióle una Madre, que vino á ser objeto de su más tierno afecto. Desde el instante en que la sacó de la nada, la colmó de sus más preciosos dones, y enriquecióla de sus gracias. ¿No es ésto ser bendita entre todas las criaturas? *Benedicta tu, etc.*

Llamada esta hija de Israel á dar la vida en el tiempo á Aquel que vive desde la eternidad, opérase en su favor el portento más inaudito: puesto que, sin dejar de brillar en su frente la corona de la virginidad, añade á ella la auréola de madre. ¿No es también ésto ser bendita entre todas las criaturas? *Benedicta tu, etc.*

Durante la existencia de su Hijo, ella participa de la gloria que le proporcionan la sublimidad de sus enseñanzas y la magnificencia de sus obras. Por do quiera óyense resonar estas palabras: «Dichosas las entrañas que le llevaron y mil veces feliz el seno que le amamantó.» ¿No es esto ser bendita entre todas las criaturas y entre todas las madres? *Benedicta tu, etc.*

Si abandona la tierra, es para volar inmediatamente al Cielo; y allí es colocada sobre todos los coros Angélicos, de quien se ve constituida Reina. En virtud de su protección, los ciegos ven, los cojos andan, los muertos resucitan, tanto en el orden de la gracia como en el de la naturaleza. Así que sus alabanzas se repiten de siglo en siglo, resuenan en todo el universo, y brotan de todos los labios. ¿No es esto ser bendita entre todas las criaturas? *Benedicta tu, etc.*

Pero, ¿qué me he propuesto yo en la presente solemnidad? ¿Voy por ventura á estudiar únicamente la parte maravillosa de la vida de la Santísima Virgen? Nó, H. M.; llamados á celebrar el aniversario de la muerte, ó mejor dicho, de la consumación de la vida de María, voy á presentaros en un vasto cuadro sus principales rasgos, sus más brillantes virtudes; el espectáculo de las incomprensibles munificencias concedidas por el Cielo á una pura criatura; lo cual no podrá menos de inspiraros un profundo sentimiento de admiración, que os hará exclamar prosternados ante sus altares: ¡Oh! Efectivamente es María bendita entre todas las mujeres: *Benedicta tu, etc.*

Hed aquí el asunto de mi discurso. Invoquemos ante todo los divinos auxilios etc.

AVE MARÍA.

REFLEXIÓN ÚNICA.

Es una verdad incuestionable, que todo cuanto de más perfecto se ha encontrado entre los judíos, tuvo por tipo á Jesús, nuestro adorable Mediador; bien así como todo cuanto entre las mujeres hubo de más distinguido, prefiguraba anticipadamente á María su Santísima Madre. Jamás el mundo conociera creación más perfecta. Oriunda de la augusta raza de los reyes de Judá, hija digna de David, si bien el resplandor de sus virtudes pudo oscurecer el brillo de su nacimiento, ninguna criatura, empero, pudo ni podrá igualarla ni en grandeza ni en merecimientos. Preciso es, no obstante, remontarnos al origen de las cosas, para poder mejor apreciar las gracias con que fué enriquecida y las virtudes con que supo engalanarse en el curso de su portentosa vida.

Acércase el momento en que va á salir de la nada aquella á quien debe caber una parte tan importante en la obra de la Redención del linaje humano. Fuerza será que su nacimiento se verifique por medio de un milagro, puesto que esa obra divina debe ser el principio de otras muchas no menos admirables. En efecto, la ilustre Ana llegara á una edad avanzada sin tener sucesión, cuando hé aquí que de repente se ve hecha madre de una hija. ¡Cuán grande no debió ser su gozo y el de su esposo Joaquín! ¡Qué fuente de consuelos no brotó para ámbos en sus últimos años!

«¡Dichosos padres! exclama San Epifanio; pero, ¿cuánto mayor sería vuestra alegría, si supierais cuán grande es en la presencia del Altísimo ese vástago que acaba de nacer! Es la estrella que anuncia al Sol de justicia; es la Virgen de quien habla Isaías, destinada á engendrar el Padre de los siglos venideros, á todo un Dios...!»

Todos al nacer heredamos la mancha del pecado original, legado funesto de nuestros primeros padres. María, entre todos los hijos de Adán, es la única que no participa de la corrupción general; brota radiante de blancura, cual azucena entre espinas. El Señor la cubre con su sombra en el instante de su Concepción, porque no quiere, ni puede permitir, que ni por el más leve instante tenga asiento el pecado en aquel corazón, en donde la Sabiduría eterna se propone verificar una unión tan íntima con la humana naturaleza. Y ved por qué los Angeles, al contemplar este prodigio, exclaman entusiasmados: ¿Quién es ésa que se eleva de la tierra resplandeciente de belleza, derramando en torno suyo exquisitos aromas, entanto que las demás criaturas, inficionadas con la lepra de la rebelión primitiva, sólo exhalan el olor de la muerte?» Y esto diciendo, reconócenla como á su Reina, la proclaman como á Soberana, y en derredor de su cuna constitúyense en guardias de honor.

No menos fué obra del Cielo el augusto nombre de María que le fué impuesto; nombre que significa Soberana, Señora, Estrella del Mar, y que tan admirablemente expresa sus cualidades; nombre más dulce á los labios que todos los demás nombres vulgares; más armonioso al oído y al corazón que todas las delicias mundanas; más terrible para el infierno que un ejército ordenado en batalla.

A esto añadiré con un Santo Padre, que, mediante el nombre de María, siempre se obtiene gracia ante Jesucristo, por cuanto ella es la que nos pone en contacto con su Divino Hijo. Por eso los fieles han unido estos dos nombres augustos, repitiéndolos sin cesar; y hubo un tiempo en que, al grito de Jesús y María, corrían al suplicio llenos de sobrehumano valor. «En vuestras penalidades, en vuestros dolores, en vuestras perplejidades, decía el Padre San Bernardo, invocad á María: *Mariam invoca*. Si experimentáis reveses en vuestra fortuna, si vuestros amigos os hacen traición, si os encontráis envueltos en alguna tribulación amarga, llamad á María: *Voca Mariam*. Si ella no os saca de ese trance apurado, al menos os facilitará las gracias suficientes para aligerar el peso de tanto infortunio: *Voca Mariam*. Ese nombre, el más repetido después del de Dios, Criador y Redentor, puesto que resuena á todas horas en todos los ámbitos del orbe, no es un nombre muerto como el de aquellos personajes que vivieran en las generaciones pasadas, sinó un nombre siempre vivo, símbolo de gracia y de bendición: *Voca Mariam*.

Desde sus primeros años brillaron de tal suerte en María la razón, la prudencia y la piedad, que sus padres la ofrecieron á Dios como un dón milagroso que recibieran de sus manos. Entró, en su consecuencia, en aquella parte del templo de Jerusalén, en donde los hijos con-

sagrados al Señor pasaban los primeros años de su vida en las más santas ocupaciones. Pero, ¿quién será capaz de decir cuál fué la vida de María en aquel sagrado asilo? Ora llevaba las víctimas que se inmolaban sobre el altar; ora derramaba lágrimas considerando la ingratitude de los israelitas; ya invocaba la venida del Libertador prometido; ya... Mas, ¿qué digo? El fervor de Abraham y de Isaac habían sido menos ardientes que el suyo; ni el amor de los Querubines en el Cielo igualó al amor que ardía en el Corazón de María.

Y, á pesar de ser tan íntima su unión con el Señor, todavía no la parecía tanto como debía serlo. Cree que debe inmolarse completamente, como ninguna otra criatura lo hiciera antes que ella, y en su consecuencia sacrificase toda á su Dios. En aquellos momentos en que debía aparecer el Mesías esperado, todas las mujeres de Israel que por su descendencia podían aspirar al honor de darle á luz, ambicionaban tamaña dicha. Nadie mejor que María se hallaba en este caso, puesto que descendía de los reyes de Judá, á quienes estaba vinculada esta promesa; y, sin embargo, en virtud de su inmolación, no solamente renuncia á tan alta honra, sino que ni aún siquiera abriga la menor aspiración. Pero, ¡cuán cierto es, A. O. M., que la humildad es la virtud que atrae hacia la criatura mayores gracias y favores más especiales! No hay más que abrir el Evangelio para convencerse de esta verdad. El Bautista declara que no es digno ni aún de desatar las sandalias del Salvador, y Jesucristo le elige para derramar sobre su sagrada cabeza las aguas del Bautismo. San Pedro, después de la pesca milagrosa, exclama: «Apartaos de mí, Señor, que soy un gran pecador», y en el momento se halla constituido cabeza de la Iglesia. San Pablo confiesa que es un miserable porque ha perseguido la Iglesia de Dios, y llega á ser el más ferviente y poderoso predicador del Evangelio. Esta humildad no consiste en decir con los labios que no somos nada, mientras con las obras queremos probar lo contrario; ella consiste en reconocer sencillamente que si alguna ventaja tenemos, sea de fortuna, de nacimiento, de consideración ó de poder, de Dios lo hemos recibido, á El se lo debemos, y tenemos que darle cuenta un día, sin que de ningún modo pretendamos prevalernos de ello para aumentar la distancia que nos separa de nuestros hermanos, ménos aún para despreciarlos, ántes bien sirviéndonos de esa misma ventaja para favorecerlos y prestarles nuestros auxilios.

Todavía tuvo que combatir la Santísima Virgen una grande abnegación. Como el matrimonio debía formar el velo que pusiese á cubierto su honor cuando llegase el tiempo de dar á luz al Hijo del Altísimo, los sacerdotes del Templo, que, según costumbre, vinieran á ser los tutores de la casta Virgen, desde que por muerte de sus padres quedara reducida á la orfandad, trataron de buscarla un esposo. En vano María se resiste á esta determinación, alegando que ella no aspira sino á pasar el resto de sus días en los ejercicios de piedad y en las santas funciones del Templo. La voluntad de Dios debe cumplirse, y en su consecuencia la Virgen se ve obligada á desposarse con

el justo José. Venid, varón dichoso, venid á recibir un depósito sagrado, en tanto que esperáis otro más precioso y sagrado todavía! En efecto, desposada María, pasa á Nazareth á continuar, dice San Epifanio, la vida fervorosa que observara en el Templo, sin que se advierta el menor cambio ni en su modestia ni en su virtud. No piensa en darse á conocer, aunque bella,—continúa el sábio Bossuet,—ni en adornarse, aunque jóven, ni en prevalerse de su posición, á pesar de ser una princesa. Solo Dios la basta y forma toda su dicha, y en conversar de continuo con el Criador halla su mayor delicia. Ejerce la caridad en cumplimiento de un deber, no por satisfacer una vana curiosidad, ménos aún por llenar una ociosidad culpable. Medita incesantemente las Santas Escrituras, y espera tranquila el cumplimiento de sus promesas.

Ahora bien, H. M., si preguntáis á ese mundo tan vano en sus pensamientos, á ese mundo á quien Dios quiso ilustrar con la oscuridad de un misterio, ya que él se cegó con el brillo deslumbrador de las magnificencias terrenales, si le preguntáis, repito, quién es esa criatura que habita oscurecida en Nazareth, ¿qué podrá deciros acerca de ella? Nada... Y sin embargo, ella es tan grande á los ojos de Dios, á pesar de su modestia, que todos los títulos de la tierra nada son comparados con el que va á recibir. Sí, H. M., María es la elegida para ser Madre de Jesús, que se llama Cristo.

El Angel encargado de llevarla la nueva de esta elección, aparece á ella, dice San Bernardo, en la hora de la contemplación; y la dice: «Dios te salve María, llena de gracia; el Señor es contigo.»

Sabida es la emoción profunda que semejante salutación la causara. Al comprender la grandeza de aquel Niño que debe aparecer sobre el trono de su padre David, llénase de asombro, no por desconfianza hacia el poder Divino, sino altamente desconfiada de su propia virtud. ¿Cómo es posible, exclama, que yo sea Madre, después de lo que he prometido á Dios? Y solamente cuando hubo recibido del Angel la seguridad de mantener intacta su promesa, es cuando dice: «Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.» En el momento de dar la Virgen este consentimiento, humíllanse los Cielos; la paz y la verdad se salen al encuentro en aquel agosto seno; el Verbo Eterno toma en él una naturaleza semejante á la nuestra; el Verbo, en fin, se hace carne: *Et Verbum caro factum est.* ¡Oh! Gozaos, Virgen-Madre, en esa dignidad augusta, que os acerca á la divinidad cuanto es posible á una pura criatura. La posteridad altamente sorprendida con tal prodigio, no hallará expresiones suficientes para ensalzar y celebrar vuestra maternidad incomparable, puesto que podéis decir con harta razón: «Aquel que me crió descansa en mí.» Gozaos de vuestra dignidad de Madre de Dios, que va á daros más templos que palacios poseyó el más opulento monarca; más altares, que tronos ocuparon los príncipes de la tierra. Gozaos de vuestra dignidad que en la sucesión de los siglos hará brotar millares de asociaciones fundadas para honraros, y evocará los pueblos á demandar vuestra protección, y